

Tres príncipes

José Fernández Vega

En sus comentarios sobre Maquiavelo, centrados casi exclusivamente en *El príncipe*, Antonio Gramsci desarrolló la noción de *príncipe moderno*. Denominaba así a un partido político orientado a liderar el proceso histórico hacia la revolución y capaz de organizar a las fuerzas populares con esa finalidad. Gramsci pertenece a una época de máximo conflicto ideológico, llamada por algunos teóricos *guerra civil europea*, en la que se enfrentaron violentamente tres corrientes principales: la comunista, la fascista y la liberal. El fascismo se hundió en la Segunda Guerra Mundial, el mundo comunista colapsó a partir de 1989 y las democracias liberales, en sus distintas modalidades, se convirtieron en el régimen político *normal* del capitalismo occidental.

El panorama político cambió radicalmente desde la época de Gramsci. Los desafíos revolucionarios y las dictaduras fascistas parecen fenómenos del pasado; en la esfera cultural, desde hace ya algunas décadas muchos analistas coinciden en hablar del predominio del posmodernismo tanto en el plano de las realizaciones simbólicas del arte como en la comunicación masiva y en las formas que adoptan las subjetividades. La pregunta que me propongo plantear es si podríamos hablar hoy de un *príncipe posmoderno* en la actual política europea. Para ello quisiera comenzar recapitulando algunas ideas de Gramsci que facilitarán el contraste entre los tres *modelos de príncipe* en juego aquí: el de Maquiavelo, el de Gramsci y el esbozo de un tercero, muy diferente del último pero con algunos puntos de contacto con el primero, que podría resultar útil para comprender mejor algunas características de las democracias europeas (pero no sólo en ellas).

Gramsci escribió desde la prisión; Maquiavelo compuso su obra en el exilio. Prisión y exilio se han vuelto para nosotros solo tristes recuerdos del pasado en medio de una vida política *posépica* y desorientada.; menos represiva, más desapasionada y ajena a los grandes proyectos que imaginaron Gramsci y Maquiavelo para los distintos problemas cruciales de sus respectivas épocas: la revolución social, en el primer caso; la unidad nacional, en el segundo. Es cierto que muchos países del llamado Tercer Mundo encarcelan o expulsan a ciudadanos rebeldes. Pero, en estos momentos, Occidente sólo persigue a quienes difunden información confidencial de los Estados, como el australiano Julian Assange, asilado en la embajada ecuatoriana en Londres, o el *insider* estadounidense Edward Snowden, ahora refugiado en Rusia.

El autor de los *Cuadernos de la cárcel* murió hace casi ocho décadas (1937) y en 2013 se conmemoraron los cinco siglos de la redacción de *El príncipe* (publicado póstumo unos veinte años más tarde, en 1531). Pese a los muy diferenciados lapsos temporales que nos separan de cada uno de estos dos pensadores, Maquiavelo parece más cercano que Gramsci, según quisiera argumentar aquí. Otra cosa, desde luego, es si esto se debe a buenas o malas razones históricas.

› **¿Hay un pensamiento político en *El príncipe*?**

En ocasión de otro aniversario, el cuarto centenario de la muerte de Maquiavelo, Carl Schmitt publicó un breve texto en el que afirma que aquel era el autor político más

difundido y exitoso de la historia, incluso sin haber llegado a ser ni un gran hombre de Estado ni un gran teórico.¹ Maquiavelo redactó muchos informes interesantes, dice Schmitt sin aparente ironía maliciosa, pero no llegó a cambiar nada en la política exterior de Florencia, mientras que en el plano doméstico sólo acumuló desdichas (Schmitt, 1995: 102).

En los cinco siglos transcurridos desde que compuso su libro más conocido, *El príncipe*, la obra ganó y perdió vigencia según los contextos intelectuales y las coyunturas políticas en que fue leída. De hecho, existen motivos para considerarla ahora más actual que en la época del texto de Schmitt (y de los apenas posteriores *Quaderni* de Gramsci, en los que trabajó entre 1929 y 1935; pero, en una época de vertiginoso cambio político, en ese breve período se vivieron coyunturas nacionales e internacionales muy distintas).²

Para Schmitt, y cabe mencionarlo aquí porque su radicalidad como pensador es tan grande y resulta patente su contraste teórico y político con Gramsci, *El príncipe* no tiene ni la profundidad de Platón, ni la organización de Aristóteles, ni el carácter revolucionario de Agustín. No hay nada de genial en ese libro, ni una visión novedosa de la filosofía de la historia ni una nueva teoría del Estado, algo particularmente grave para un pensador de la estatalidad como Schmitt. Por otro lado, la inmoralidad que se le suele achacar a Maquiavelo es apenas producto de su pasión por las urgencias de la política; pero lo cierto es que éste no logra plantear una doctrina digna de ese nombre.

› **Nota sobre Gramsci: el príncipe moderno**

Gramsci, en las antípodas políticas de Schmitt, postuló que *El príncipe* constituía un modelo para la ciencia política. La considera una obra *viviente*, vale decir, no sistemática y pedante, como el tipo de trabajo que le reprocha a los académicos de su tiempo. Maquiavelo plantea un antropomorfismo del poder encarnado en un monarca ideal que ofrece una imagen plástica de las necesidades históricas de la Italia de su momento. De acuerdo con Gramsci, *El príncipe* se consagra a la construcción mítica de un *condottiero* o jefe político-militar que forma la voluntad colectiva y dirige al pueblo hacia la fundación de un Estado. Este propósito se vincula de algún modo con el mito revolucionario propuesto por Georges Sorel quien, sin embargo, dejaba demasiado espacio a la espontaneidad dado que consideraba impredecible a lo social. Por lo demás, Sorel rebajaba el partido a sindicato cuya acción culminante, la huelga general, resulta sólo pasiva, escribe Gramsci.³

El príncipe moderno (el mito-príncipe), según se explica en distintos pasajes de los

1 Es curioso que Schmitt no haga ninguna comparación con Karl Marx ni mencione a *El manifiesto comunista*, autor y obra que se dejan comparar con Maquiavelo en términos de popularidad e influencia. Schmitt escribió su texto en 1927, y cabe pensar que en ese momento Marx revestía en la situación política alemana una gravitación mucho mayor que la de Maquiavelo, aunque para Schmitt ninguno de los dos era un pensador del Estado.

2 Dicho sea de paso, el ensayo de Schmitt prefigura algo de su propio destino político cuando habla del exilio interior de Maquiavelo tras la vuelta al poder florentino de los Médicis. Schmitt llegó a bautizar con el nombre de San Casiano (el pueblo de las colinas de Chianti, en la Toscana, donde se escribió *El príncipe*) a su casa natal situada en Plettenberg, un poblado cercano a Colonia, donde transcurrió su largo y voluntario confinamiento a partir de su caída en desgracia durante el régimen nazi, y hasta su muerte en 1985.

3 Dejamos aquí de lado las sugerentes consideraciones de Schmitt sobre Sorel y el mito político. Sobre el tema cfr. Rossi (1999).

Quaderni del carcere, ya no puede ser una personalidad, sino una organización, puesto que la voluntad colectiva no debe disolverse en particularismos ni ponerse al servicio de individualidades. Se trata entonces de un partido que reúne voluntades dispuestas a la creación *ex novo*, original, como la del príncipe maquiavélico. La voluntad, en Gramsci, es la conciencia operante de la necesidad histórica (Gramsci, 1975: 155). Esta concepción se opone al mero voluntarismo político (o *garibaldismo*, como lo denomina en los *Quaderni*) que impulsa a aquellas vanguardias sin respaldo popular. Justamente, Maquiavelo planteó en *El arte de la guerra* (1521, el único de sus tratados políticos publicado en vida) la necesidad de crear una milicia civil que, además de cumplir funciones militares, sirviera para amalgamar a los habitantes de la ciudad con los del campo que la rodeaba. En ello entrevió un primer paso importante para la formación de la unidad popular orientada a la construcción de un aparato político de extensión nacional bajo la autoridad de un jefe político-militar. Esa transición entre el lenguaje militar y la conceptualización de la política es un legado que Gramsci aprovechó para sus propias reflexiones.

A lo largo de la historia italiana moderna se terminó consolidando una estructura corporativa, comenta Gramsci. Faltó siempre esa *dimensión jacobina* (y que *El príncipe* expresaba a su peculiar manera) para la formación de una voluntad *nacional-popular* y para la reforma *intelectual y moral*, vale decir, orientada hacia la adquisición de una nueva visión del mundo y asociada a una transformación económica que permitiera elevar la condición social del pueblo.

Los *Quaderni* ponderan la autonomía que el pensamiento político adquirió con Maquiavelo, y en particular su laicismo. La inusitada gravitación de la Iglesia católica en la esfera política constituía un asunto todavía pendiente de resolución en la Italia de Gramsci y, en algunos sentidos, aun en la de nuestro tiempo. Pero Gramsci necesita volver más compleja la imagen del Estado heredada de Maquiavelo y reflexiona sobre el papel que le cabe en tanto educador, su necesaria estructuración de acuerdo al derecho (su *momento represivo*, según lo llama) y lo que caracteriza como *bloque histórico*, esto es, la suma de fuerzas sociales estructurales e ideológicas que articula una forma de dominio en cada momento dado.

En opinión de Gramsci, Maquiavelo es el visionario de un Estado italiano fuerte y unido capaz de combatir los residuos feudales que, justamente, lo volvían imposible. Propone entonces una dictadura militar encabezada por un príncipe para luchar contra los obstáculos interiores que se erigían en Florencia y otros Estados italianos con el objetivo de acabar con la anarquía a la que condenaba al país la fragmentación feudal (ibíd.: 1572). Maquiavelo era muy consciente de que su próspera Italia se encontraba políticamente subdesarrollada (en comparación con Francia o España) y eso se refleja claramente en *El príncipe*, donde se aboga por completar una de las tareas más elementales de la política moderna: la creación de un Estado territorial unitario y nacional. Para Gramsci, los llamados antimachiavelistas, que proliferaron un siglo después y competían en su rechazo hacia el libro, no captaron esta situación. Provenían de espacios políticos con otros problemas, más sofisticados, de manera que malinterpretaron a Maquiavelo. Gramsci evoca a Francis Bacon quien llamó “reyes magos” de Europa a Luis XI de Francia, Fernando el Católico de España y Enrique VII de Inglaterra. Cada uno de ellos consolidó una robusta monarquía absoluta en sus respectivos países. Maquiavelo sería entonces el teórico del rey mago que Italia precisaba y no el cínico consejero del poder que los antimachiavelistas vieron en él (ibíd.: 982).

› *La cuestión del Estado*

De acuerdo con Maquiavelo, la antigua Roma encarnaba un ejemplo más vibrante y más íntimo para su país que los contemporáneos reinos de Francia o España, a los cuales, sin embargo, hace constante referencia en su obra debido a su enorme gravitación política y militar en los asuntos italianos. Hijo del historicismo moderno, Gramsci, en cambio, estaba en posesión de una filosofía de la historia progresiva. Su horizonte estaba fijado en el futuro revolucionario antes que en el pasado glorioso del Imperio. Pero en nuestro tiempo asistimos a la crisis de ese tipo de fuerte visión teleológica de la evolución humana; eso explica el éxito del que han gozado interpretaciones, como la de Francis Fukuyama en su momento, según la cual nuestra época señala el *fin de la historia* pues se canceló la esperanza de cambio social radical. El horizonte de expectativas se halla dominado hoy por la democracia liberal y su perfeccionamiento constante, si bien resulta claro que este ideal, en gran medida avanzado en muchos países, se encuentra acechado por una serie de desafíos internos (y aquí nos limitaremos a ciertos casos europeos). Algunos de los más graves son la desafiliación ciudadana, la apatía electoral y, en consecuencia, la deslegitimación de las instituciones de la democracia, por no hablar de una desigualdad rampante que pone en riesgo la cohesión social.

En Europa, la persistencia de una grave crisis económica no hizo más que complicar esta situación y las sucesivas elecciones mostraron la erosión del sistema de partidos políticos en la mayoría de los países de la Unión Europea. El ejemplo más reciente, las elecciones europeas celebradas en mayo de 2014, arrojó como principal novedad el debilitamiento de los partidos tradicionales y, en casi todos los países de la Unión, el crecimiento de una serie de agrupaciones de extrema derecha, comenzando por el *Front National* francés que se convirtió en el más votado del país (en 2002 había sido segundo en las elecciones legislativas y llegó a disputar el ballottage presidencial). El ejemplo francés no es un caso aislado. La extrema derecha creció en países con situaciones e historias tan dispares como Hungría o Dinamarca. En España, donde estuvo vigente un sistema bipartidista a nivel nacional desde la transición a la democracia, ese duopolio entró en crisis por la sangría de electores combinado con el abstencionismo y el surgimiento de nuevas alternativas, como la liderada por un comentarista político televisivo y profesor universitario, que fue apoyada por jóvenes castigados por una altísima tasa de desocupación. Grecia, que atraviesa una tremenda crisis social, vio triunfar a un partido de izquierda, pero también crecer a otro abiertamente racista y violento.

Recientemente, Jürgen Habermas explicó que en las democracias europeas la economía sobrepasó a la política y los poderes financieros se volvieron determinantes. Los principales actores políticos repiten los mismos programas, evidencian una gran estrechez de miras y sólo están pendientes de las encuestas de opinión, por lo que no se puede esperar de ellos ninguna iniciativa para las necesarias transformaciones que reconcilien a la población con el sistema. Antes bien, se gobierna a puertas cerradas, especialmente a nivel europeo, y se estimula de esta manera el desinterés ciudadano respecto de los asuntos públicos estimulado por la desconfianza general. En la Unión Europea decide una “oligarquía posdemocrática”, asegura Habermas (Habermas, 2011: 48).⁴ El electorado no

⁴ Para la visión de Habermas acerca de las más recientes elecciones europeas, cfr. Habermas, 2014a. Vuelve sobre estos temas en 2014b.

ve en la política una perspectiva para las soluciones que reclama y se desconecta de ella. Por otro lado, su propio país, Alemania, que tiene una posición de liderazgo por su peso económico y demográfico, antepone el interés nacional al espíritu europeísta.

› *Revolución y realismo*

En las democracias contemporáneas, la noción de revolución que animaba a Gramsci se mantiene muy activa en la esfera de la tecnología, pero ya no en los pronósticos históricos o las esperanzas de la sociedad. Esto marca una diferencia crucial respecto del clima histórico en el que vivió el autor de los *Quaderni*; sin embargo, su pensamiento no se vuelve por ello obsoleto. Muchas de sus conceptualizaciones, *mutatis mutandis*, se aplican a nuestro tiempo. Es el caso cuando explica que, en sus días, lo que llama *revolución permanente* (o *guerra de movimiento* según el lenguaje militar que él adapta a la conceptualización política) fue sustituida dentro de los Estados modernos por la hegemonía civil (o, en su vocabulario, *guerra de posiciones*). Y ello lo lleva a afirmar en un pasaje que, entre los múltiples significados de democracia, el más “realista y concreto” es aquel que la asimila con la noción de hegemonía (Gramsci, *op.cit.*: 1056). Una democracia es un sistema sólido, defendido por un complejo de *casamatas*, arraigado en la sociedad civil y en las mentes de los ciudadanos. No es factible transformar la democracia capitalista occidental en otra cosa con un golpe de mano o un asalto al poder, como había ocurrido en los regímenes autoritarios de Oriente (Gramsci, por supuesto, alude a la Revolución Rusa).

En su interpretación, Gramsci discute la imagen habitual de un Maquiavelo sólo preocupado por el crudo ejercicio poder o por la actualidad más inmediata (en el fondo, este es el reproche que le eleva Schmitt). Maquiavelo no fue un científico sino un político en acto, asegura, y por eso un hombre apasionado, interesado en la *realidad efectiva* (*la verità effettuale de la cosa*, de acuerdo con la famosa expresión de *El príncipe*) pero también en el *deber ser*. La leyenda negra que rodea a Maquiavelo le parece por tanto inaceptable. Para Gramsci, Jean Bodin, fundador de la ciencia política en Francia, no puede ser considerado de antimachiavelista, tal como usualmente se hace. Bodin, simplemente, vivió en un espacio político más evolucionado que el de Maquiavelo y debió enfrentar problemas de otro orden porque en Francia existía un Estado poderoso y había instituciones representativas como los estados generales. Esta es la razón por la cual Bodin se despreocupó de la dimensión violenta de la política (que Maquiavelo enfatizaba) para concentrarse en el momento del consenso y el equilibrio de fuerzas sociales (*ibíd.*: 1008). Todo esto era impensable para un teórico proveniente de la políticamente atrasada Italia, concluye Gramsci.

› *La cuestión del Estado*

El esplendor cultural y la pujanza económica italiana del siglo XVI contrastaban con su fragmentación política. Esa floreciente economía, de modo paradójico, afectó la maduración política del país, impidiéndole lograr la unidad y forjar un Estado moderno. Asediada militarmente desde el exterior, territorio de disputa de las principales potencias europeas de la época, Italia sufría también grandes convulsiones internas en sus *Signorie*,

por no hablar de los conflictos de poder entre ellas. Una de esas conmociones acabó con la carrera política de Maquiavelo y lo condenó al confinamiento desde donde escribió *El príncipe*.

Muchos comentaristas –Schmitt entre ellos, como vimos— subrayaron que sería inútil buscar en esa obra una definición de Estado. El anhelado príncipe de Maquiavelo no pasa de ser un aventurero decidido, a veces cruel, astuto siempre. Según explica, por ejemplo, Corrado Vivanti, para Maquiavelo la noción de Estado equivale a “acción política” o bien alude a una individualidad nacional, un dominio territorial, un régimen de gobierno -a menudo la república- o a una situación dada -algo afín a la etimología de la palabra: *status*- (Vivanti, 2013: 191). Aunque el propio Maquiavelo declaró que había consagrado muchos años a razonar sobre el Estado y no los pasó ni “durmiendo ni jugando”, lo cierto es que su interpretación del tema resulta limitada si se la considera desde el posterior desarrollo que adquiriría en la modernidad. Su visión carece de complejidad institucional, subestima la dimensión social y no llega a la esencia del asunto (aunque advierta que la violencia es uno de sus rasgos omnipresentes, como mucho después subrayaría Max Weber en su clásica definición). Las buenas armas y las buenas leyes son, para Maquiavelo determinantes, pero esos factores los heredó de la sabiduría de la antigüedad y no parecen un rasgo específico de modernidad en su pensamiento. A su favor, cabe decir que Italia logró un Estado nacional hace tan solo un siglo y medio.

La sombra de esta demora histórica se proyectó asimismo sobre las reflexiones de *El príncipe*. En particular, cuando en el libro se trata de la consideración del poder y de su justificación, temas cuyo abordaje sería deplorado por los antimachiavelistas. Italia se encontraba constituida por tiranías encabezadas por aventureros militares –a menudo antiguos jefes mercenarios- o terratenientes sin legitimidad nobiliaria. Florencia resistió a este fenómeno gracias a su prosperidad económica, aunque finalmente acabó cayendo en manos de los Médicis (Anderson, 1979: 152). A pesar de su aparente “modernismo” (su indiferencia hacia los fundamentos religiosos de la vida civil o su inclinación a la práctica de una *Realpolitik*), *El príncipe* representa una aspiración histórica y políticamente anacrónica. Según escribe un intérprete, la obra condensa “el programa idealizado de una *Signoria* pan-italiana, o quizá meramente centro-italiana, en vísperas de la sustitución histórica de esta forma política” (ibíd.: 162).

Un paisaje político signado por *Signorie* sin tradición dinástica, encabezadas a menudo por capitanes ambiciosos, le habría impedido a Maquiavelo desarrollar el problema, crucial para los modernos, el de la legitimación política.⁵ El rechazo de Maquiavelo hacia la nobleza lo arrastró a la incompreensión de la función legitimadora que ésta detentaba. En opinión de Anderson, el *republicanismo* de Maquiavelo no superaba el nivel retórico; su auténtica preocupación era la justificación del poder de una oligarquía capaz de resistir los desafíos militares que provenían del exterior (Anderson, *op.cit.*: 164-168). La noción de soberanía vigente en *El príncipe* se encarnaba en un individuo audaz, hábil para conquistar el poder y mantenerse en él. Carecía de una noción de autoridad política impersonal, como luego fue adquiriendo forma entre los modernos. El Estado dependía entonces por completo de la singularidad de su jefe, de su sagacidad, bravura y

5 “Lo fundamentalmente nuevo en la teoría política de Maquiavelo es, en cambio, su justificación principista de una consideración técnica de la política, así como una antropología pesimista la cual, con él, se proyecta por vez primera a legitimación fundada del Estado” (Münkler, 1985: 37).

mérito. Enteramente nuevo, sin tradiciones detrás a las que apelar para garantizar la continuidad de un sistema político que lo gobierne o la existencia una maquinaria legal y administrativa que lo regule, su concepto de Estado se encontraba institucionalmente debilitado. En Maquiavelo, como escribió Chabod, "todo se reduce a la sutil energía del *condotiero* solitario" quien, con su *virtud* singular y su acción heroica, aprovecha las oportunidades que la *fortuna* pone a su alcance. El príncipe que imagina Maquiavelo "es el Estado, y no, como será más tarde en pleno absolutismo europeo, el primer servidor del Estado" (Chabod, 1994: 57, 79; el subrayado es mío).

› *Hacia un príncipe posmoderno*

Si estas consideraciones críticas sobre la noción de Estado que manejaba Maquiavelo son admisibles, entonces podemos ponerlas en relación con algunos rasgos de la política contemporánea, cuya característica más notoria en las democracias occidentales es precisamente la crisis de legitimidad. Dicha crisis se expresa de muchas formas: la fuerte distancia existente entre la ciudadanía y los partidos o el desinterés por el debate público son apenas algunas de ellas. Sus efectos electorales también son conocidos: una escasa consistencia entre el votante y el candidato que elige, la volatilidad de los resultados, el abstencionismo y la debilidad ideológica de las ofertas políticas que lleva muchas veces a confundir las distintas tendencias. Hace ya algunos años, Habermas llegó a afirmar que lo que diferencia a los candidatos europeos corrientes es el color de su corbata; un efecto, en su opinión, de la "americanización" global de la competencia electoral (Habermas, 1998: 91-94). El "príncipe posmoderno" privilegia la imagen a la palabra (un rasgo central de la cultura posmoderna según uno de sus principales intérpretes, Fredric Jameson; Jameson, 1998), evita los grandes discursos tanto como las convocatorias públicas y habita en el medioambiente digital o televisivo antes que la calle o las sedes partidarias.

Gramsci vivió en una época signada por los grandes partidos de masas y sindicatos movilizadas. Esta configuración del espacio político, escribió en sus *Quaderni*, superó la previa fluidez histórica, en la que actuaban Estados poco desarrollados y autónomos, y con sociedades no completamente controladas por ellos. El presente se contrapone también al paisaje político europeo de posguerra, que Gramsci no conoció, presididos por un Estado nacional fuerte, identidades partidarias estables, prosperidad económica, pleno empleo y sociedades integradas.

En la actualidad, por tomar el caso de Italia, el país de Gramsci y de Maquiavelo, las últimas elecciones nacionales, celebradas en 2013, pusieron de relieve el desmantelamiento del sistema de partidos, esenciales para el funcionamiento de una democracia (como establecen muchas constituciones, y el artículo 38 de la argentina). Ese año, Italia pasó casi dos meses sin poder central, una curiosa manera nacional de rendir homenaje a *El príncipe* a cinco siglos de su redacción. Los comicios con los que se intentó resolver el vacío de poder no sólo registraron una abstención histórica (¿una reacción *apolítica*?) sino que mostraron un país fracturado. La exitosa, reticular y nueva *antipolítica* de los partidarios del cómico Beppe Grillo casi empató con la perenne *postpolítica* del magnate Silvio Berlusconi. Grillo apostaba a la conexión a través de internet; Berlusconi a la hegemonía a través de la televisión chatarra.

Al exiguo vencedor le tocaron las ruinas: la política tradicional fue encarnada en

los comicios por el ex comunista, autodefinido ahora como *centroizquierdista*, Pierluigi Bersani. Su mayoría electoral no le permitía, sin embargo, formar gobierno. Incinerado por la gestión del *impasse* en el que se vio sumido, debió dejar paso a su correligionario Enrico Letta, quien enseguida conmocionó a su base electoral pactando con Berlusconi, única vía para formar gobierno. El gran derrotado, mártir de sus propias medidas de ajuste como primer ministro saliente, fue Mario Monti, también candidato de las elecciones. Técnico honesto según algunos, favorito de la política del ajuste económico impulsada por el eje Bruselas-Berlín, según otros; en todo caso un representante de la política entendida como administración burocrática y producto de una maniobra anticonstitucional que lo llevó temporalmente al poder.

Monti había llegado al cargo por designación directa del titular de la presidencia, encargado de manejar la crisis poselectoral, otro ex comunista, Giorgio Napolitano, de 88 años. Napolitano fue luego reelecto en el cargo por descarte. El tercer político en asumir como primer ministro, sin que mediaran otras elecciones, fue el gobernador florentino (de la tierra de Maquiavelo) Matteo Renzi, un liberal vinculado al *Opus Dei*, quien conspiró contra su correligionario Letta y consiguió desplazarlo en 2014. Italia no representa tanto una anomalía, sino más bien un concentrado de la crisis general de la política europea, escribió Anderson. El país ofrece el ejemplo más agudo de disfuncionalidad política, pero es a la vez una economía de peso. Su crisis puede arrastrar al continente. Para multiplicar todavía más las paradojas, el mediático Renzi -caso único en el continente para un jefe de gobierno en funciones- salió fortalecido de los comicios europeos de 2014.

En Europa, como Italia demuestra en tanto caso extremo, se verifica una *macro-personalización* de la política, a expensas del funcionamiento de las instituciones. Los nuevos liderazgos se asientan sobre bases patrimoniales o carismáticas, algo que desmiente las perspectivas (no precisamente optimistas) de Max Weber en el sentido de que la política moderna se inclinaría cada vez más hacia la racionalización impersonal basada en la maquinaria de la legalidad. Por otra parte, los proyectos políticos dejaron paso al glamour digital y la difusión de la mera imagen de los personajes. “La comunicación –comentó Anderson— ya no es un instrumento de la política, sino su esencia”. Cuando los partidos, que para el orden legal son los agentes básicos del sistema, se debilitan o mueren, emergen las personalidades mediáticas como alternativa (Anderson, 2014). Proliferan entonces los *condottieri* posmodernos: no militares, sino digitales. Del príncipe moderno gramsciano ya no quedan rastros.

En el contexto de un sistema político que parece diseñado para mantener al país en perpetua inestabilidad, los partidos italianos volaron por el aire. Las elecciones nacionales, y los palaciegos entretelones que las siguieron, mostraron un abanico de variantes irreconocibles para la visión de la política que Gramsci poseía, pero más afín al modelo del aventurero maquiavélico: el individuo que aprovecha en un golpe de mano la oportunidad que le ofrece la crisis que lo rodea para capturar el poder. Los *aventureros posmodernos* pueden ser, como en el caso italiano, tecnócratas, figuras de la farándula, políticos tradicionales envueltos en intrigas *florentinas* o un magnate mediático como Silvio Berlusconi que había conseguido el record de permanencia en el cargo de primer ministro del país del período posterior a la Segunda Guerra Mundial. Tras abandonar el poder, las elecciones lo erigieron por algún tiempo en árbitro de la situación política italiana pese a que acababa de recibir del Tribunal Supremo de su país una condena firme a cuatro años de prisión por fraude fiscal y la prohibición de ocupar cargos públicos. Impedido de presentar a elecciones a su jefe, el partido de Berlusconi desbarrancó en los últimos

comicios europeos, de los cuales surgió triunfante quien había desplazado, mediante una conspiración interna, a Letta. Matteo Renzi, el nuevo líder, prosigue una tendencia que inauguró Berlusconi: la promoción video-política de su figura.

Un panorama como este se sitúa más allá de la época del príncipe moderno, pero no se aleja tanto del mundo de *condottieri* de Maquiavelo, aunque ya no se trate de profesionales de las armas que se promueven de su condición de capitanes a la de príncipes mediante la conjura sangrienta o la amenaza militar. Pero los complots, las traiciones y las simulaciones de las que habla Maquiavelo juegan en la política italiana, por hablar solo de ella, un papel preponderante, si bien no tienen a la conspiración seguida de asesinato como desenlace normal. Por su parte, el factor popular sigue siendo víctima de las peripecias de los notables del país, aunque formalmente el pueblo sigue habilitado para elegirlos porque es la fuente teórica de la soberanía.

Si los *condottiere* necesitaban una forma de legitimación –noble, por ejemplo— para convertirse en príncipes, los políticos contemporáneos precisan alguna otra para proyectarse: ser personalidades ya instaladas en los medios. Algunos provienen del mundo del entretenimiento de masas; otros del mundo del deporte o del espectáculo. Lo importante no es su mensaje, sino el grado de conocimiento del que gozan a nivel popular. Ambas figuras conceptuales –el capitán militar y el político posmoderno— son aventureros, miembros de una élite inestable en la que se puga por participar del poder. Se accede al mismo por acaso –*fortuna*, en la terminología de Maquiavelo—, vale decir, sin mérito o legitimidad específica (o *virtù*, para utilizar otra noción esencial de *El príncipe*). El relativismo moral prevalece en todos los casos. El papel del pueblo es distante, pero el vínculo con el príncipe es emocional y patrimonial antes que ideológico. La *gente* vota movida por la simpatía, la dependencia o la identificación narcisista a candidatos que no cree que provean soluciones para sus intereses más inmediatos, o bien, directamente deserta de los comicios. En cualquier caso, unos *príncipes posmodernos* dominan el escenario político de Europa, cuna de la democracia, y no sólo en ese continente.

En 1936, un año antes de la muerte de Gramsci, apareció en una publicación del exilio alemán en París la primera versión de un célebre ensayo de Walter Benjamin. Allí se concluía advirtiendo que el fascismo, dominante entonces en Italia y Alemania, había “estetizado la política”. Ese programa se realizó en nuestro tiempo, pero en una versión liberal, ya no preocupada por movilizar a las masas, sino en recluir a los individuos en su espacio privado, desvinculándolos de lo público y recluyéndolos en un mundo de imágenes. Benjamin creía que los comunistas debían enfrentar la actitud fascista a través de una “politización del arte”. Es posible que en la nueva situación en la que nos encontramos haya que reformular este programa comenzando por una *politización* de la política.

Bibliografía

- » Anderson, P. (2014). "The Italian Disaster", *London Review of Books*, 36 (10) 22. 5. 2014. <http://www.lrb.co.uk/v36/n10/perry-anderson/the-italian-disaster> (consulta 1. 6. 2014).
- » Anderson, P. (1979). *El estado absolutista*, trad. S. Juliá, México: Siglo XXI.
- » Chabod, F. (1994). *Escritos sobre Maquiavelo*, trad. R. Ruza, México: FCE.
- » Gramsci, A. (1975). *Quaderni del carcere*, (Edizione critica dell'Istituto Gramsci a cura di Valentino Gerratana), Torino: Einaudi Editore, 4 vols.
- » Habermas, J. (2014a) "Europa wird direkt in Herz getroffen" *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (Frankfurt a. M.), 31. 5. 2014. <http://www.faz.net/aktuell/feuilleton/juergen-habermas-im-gespraech-europa-wird-direkt-ins-herz-getroffen-12963798.html?printPagedArticle=true#Drucken> (consulta: 1. 6. 2014).
- » Habermas, J. (2014b). *Im Sog der Technokratie*, Berlin: Suhrkamp.
- » Habermas, J. (2011). *Zur Verfassung Europas. Ein Essay*, Berlin: Suhrkamp.
- » Habermas, J. (1998). *Die postnationale Konstellation. Politische Essays*, Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- » Jameson, F. (1998). *Teoría de la posmodernidad*, trad. C. Montolio Nicholson y R. del Castillo, Madrid: Trotta.
- » Münkler, H. (1985). "Einleitung", *Machiavelli. Die Begründung des politischen Denkens der Neuzeit aus der Krise der Republik Florenz*, Frankfurt a. M.: Fischer.
- » Rossi, L. (1999). "'El mito más fuerte reposa sobre lo nacional'. Carl Schmitt, Georges Sorel y el concepto de lo político", *Revista Internacional de Filosofía Política*, V. 14, pp. 147-166.
- » Schmitt, C. (1995). "Macchiavelli. Zum 22. Juni 1927" en *Staat, Großraum, Nomos. Arbeiten aus den Jahren 1961-1969* (ed. Günter Maschke), Berlin: Duncker & Humblot.
- » Vivanti, C. (2013). *Maquiavelo. Los tiempos de la política*, trad. M. T. Navarro Salazar, Buenos Aires: Paidós.